

RESERVA ANUAL 2020

La comida
es el camino
hacia la paz



Programa
Mundial de
Alimentos

2020 EN CIFRAS

Se brindó apoyo para salvar la vida y ofrecer nuevas oportunidades a **115,5** millones de personas en 84 países.

El **53%** de los beneficiarios fueron mujeres

8400 millones de dólares en aportaciones

2100 millones de dólares en transferencias de efectivo

Se fortalecieron los sistemas nacionales de protección social en **78** países

19 903 empleados del WFP en todo el mundo

PRÓLOGO



Nuestras vidas dieron un giro dramático en 2020, cuando la pandemia de COVID-19 se extendió por todo el mundo para dejar a su paso hambre y pobreza. Por suerte, los gobiernos de todo el mundo pusieron en marcha sus maquinarias económicas para evitar las hambrunas, la desestabilización y la migración masiva. Pero el trabajo debe continuar a lo largo de 2021. Es fundamental.

Me enorgullece ver que el Programa Mundial de Alimentos también ha dado un paso al frente y que ha estado al lado de aquellos a los que servimos para ayudarles a hacer frente a la amenaza de una «pandemia» de hambre. Para nosotros ha sido un honor inmenso el hecho de que se haya reconocido nuestro trabajo con el Premio Nobel de la Paz 2020.

En todo el mundo, nuestros equipos regionales se mantuvieron firmes y proporcionaron una ayuda vital a los más necesitados. Gracias a su dedicación, el pasado año el WFP llegó a 115,5 millones de personas, un récord anual sin precedentes.

Cuando se cerraron las fronteras y los aviones comerciales dejaron de hacer sus rutas, el WFP vertebró la respuesta humanitaria internacional y garantizó el transporte de suministro y trabajadores esenciales de casi 400 organismos de la ONU y de organizaciones no gubernamentales para que las cadenas de suministro básicas a nivel mundial pudieran seguir funcionando.

Los desafíos que ha traído consigo la COVID-19 han sido tremendos, pero la determinación del WFP por salvar vidas y ofrecer mejores oportunidades a tantas y tantas personas permanece intacta. En el momento en que los colegios de casi todo el mundo cerraron sus puertas, el WFP se apresuró a sustituir las importantísimas comidas escolares por raciones que los niños podían llevar a casa para ellos y para sus familias.

Asimismo, colaboramos con 78 gobiernos que se vieron obligados a reforzar sus sistemas de protección social. Había que llegar a personas que, en muchos casos, nunca antes habían necesitado asistencia alimentaria. Nuestra experiencia en programas de efectivo, sustanciada en conocimientos técnicos, nos permitió entregar a las familias más vulnerables 2100 millones de dólares, ya fuera en metálico o en cupones, con la mayor celeridad posible.

Nada de esto hubiera sido posible sin el apoyo de los maravillosos donantes del WFP, que a lo largo de 2020 alcanzaron la cifra récord de 8400 millones de dólares en aportaciones. La confianza que tanto ellos como muchos otros han demostrado en el WFP ha sido sencillamente abrumadora; toda una lección de humildad.

El premio sirve para dar testimonio de nuestros principios fundamentales de integridad, cooperación, compromiso, humanidad e inclusión. Principios que los hombres y mujeres del WFP se esfuerzan cada día por mantener. Es lo que nos guiará para afrontar el futuro con esperanza y determinación.

Tras la agitación y la confusión del año pasado, debemos redoblar nuestros esfuerzos para acabar con el hambre en el planeta y aprovechar esta oportunidad para construir el mundo que queremos: un mundo mejor. Es hora de ponernos manos a obra y trabajar juntos para alcanzar nuestro objetivo.

David M. Beasley
Director Ejecutivo del WFP

CRISIS

Si miramos hacia atrás, hacia el año pasado, es evidente que la sombra de la pandemia de coronavirus lo cubre todo. Ha sido la peor crisis sanitaria a nivel mundial en más de un siglo. La COVID-19 se ha cobrado más de tres millones de vidas hasta la fecha y ha provocado una recesión en todo el mundo como no se había conocido durante generaciones. En 12 meses, la pandemia ha empujado a 124 millones de personas a la pobreza extrema, lo que ha supuesto que por primera vez en dos décadas aumenten los niveles mundiales de pobreza. No solo eso, el número de personas expuestas a una inseguridad alimentaria aguda podría duplicarse y llegar hasta los 270 millones.

TRAS

Para el Programa Mundial de Alimentos (WFP) y para las personas con las que y para las que trabajamos, la pandemia fue en realidad otra crisis más que se sumaba a las que ya se estaban sucediendo en un año especialmente difícil. Los conflictos no cesaron con la COVID-19. Muy al contrario, en más de la mitad de los países la violencia se recrudeció. Las diferentes comunidades tuvieron que enfrentarse a eventos climáticos vez más frecuentes, más extremos y más letales, que se han duplicado desde la década de 1990 debido a los cambios cada vez más rápidos en el clima. El número de personas desplazadas por la fuerza llegó al 1 por ciento de la población mundial. Las tendencias globales positivas se han desacelerado o se han revertido: la desigualdad alcanza ya máximos históricos y 690 millones de personas se van a la cama cada noche con el estómago vacío.

CRISIS



La COVID-19 agudizó estas crisis y dejó al descubierto los deficitarios sistemas que las propician. Para los países más pobres el desafío es gigantesco, ya que sus necesidades son múltiples y complejas; sus infraestructuras son débiles y sus márgenes financieros de maniobra están muy limitados debido, en parte, a la pesada carga de la deuda externa.

Los confinamientos, los cierres de fronteras y el distanciamiento social, que tenían como objetivo frenar la propagación del virus, tuvieron como consecuencia un parón en las cadenas de suministro, además del cierre de empresas y la fulminación de la industria de bienes y servicios. A lo largo del año, en el mundo se perdieron el equivalente a 255 millones de puestos de trabajo a tiempo completo, cuatro veces más de lo que mermó el empleo durante la crisis económica mundial de 2008.

Las mujeres y los jóvenes se han visto especialmente afectados —representan el 5 y el 8 por ciento respectivamente de esa pérdida de empleo—, al igual que los 2000 millones de trabajadores informales que hay en todo el mundo, la mayoría de los cuales no tenía acceso a sistemas de protección social. A aquellos que ya atravesaban situaciones de pobreza o inestabilidad, o que eran víctimas de los diferentes conflictos armados, la obligación de quedarse en casa les colocó ante una dura disyuntiva: salir a buscar a trabajo y arriesgarse a ser detenidos o a enfermar, o quedarse sin comida. Las necesidades eran acuciantes e iban en aumento. En América Latina y el Caribe, se cuadruplicó el número de personas amenazadas por una inseguridad alimentaria aguda.

Las restricciones de movilidad y la desaceleración económica han supuesto también un desafío para los sectores humanitario y de ayuda al desarrollo, ya que las aerolíneas comerciales cancelaron la mayoría de sus vuelos y muchos de los principales colaboradores internacionales tuvieron que volver a sus países de origen. Acostumbrado a encajar los golpes, el WFP se quedó donde tenía que quedarse e hizo su trabajo. Además, ayudó a otras organizaciones a hacer lo propio, para lo cual se facilitó el transporte de decenas de miles de trabajadores esenciales de todo el mundo y de 135 000 m³ de suministros básicos, incluidos los equipos de protección individual.

En 2020, el WFP brindó apoyo vital a 115,5 millones de personas y promovió su acceso a nuevas oportunidades. Continuamos con las operaciones que ya estaban en marcha, como la asistencia alimentaria y monetaria a 860 000 refugiados Rohingya de Cox's Bazar y respondimos a las diferentes emergencias a medida que se presentaban, como fue el caso de los huracanes Eta e Iota, que devastaron Centroamérica. En África Occidental, cuando la COVID-19 se cruzó con la temporada de escasez, redoblamos nuestros esfuerzos para llegar a un 70 por ciento más de personas. En África Oriental y en la península arábiga ayudamos a las familias en su lucha contra la peor plaga de langosta en décadas y también a afrontar las continuas inundaciones que afectaron a seis millones de personas y obligaron a un millón y medio a abandonar sus hogares.

Era fundamental minimizar los riesgos tanto para el personal del WFP como para los beneficiarios. Negociamos un acceso seguro y continuado a las comunidades necesitadas, introdujimos el distanciamiento social en los puntos de distribución y pasamos del registro biométrico a los códigos QR, que no necesitan del contacto físico, para evitar la propagación de la infección. Al cuidar de los nuestros nos aseguramos de que el WFP pudiera seguir ayudando a los más

necesitados y evitamos así una sobrecarga de los servicios locales y nacionales (ver recuadro).

La pandemia obligó al WFP a replantearse la manera de poner en práctica los programas y hubo que adaptarse a la nueva situación a la velocidad del rayo. Pero tales circunstancias sirvieron, además, para poner de relieve la fortaleza del WFP: nuestra presencia en todo el mundo y nuestro posicionamiento estratégico, las inmejorables infraestructuras físicas y digitales y unos socios y un personal totalmente entregados a la causa.

Los donantes entendieron que éramos los más aptos para esta labor e incrementaron sus aportaciones. Su confianza en las capacidades del WFP era absoluta. Gracias a todo ese apoyo, en 2020 pudimos ayudar a más personas que nunca. A lo largo del año, desarrollamos y perfeccionamos tanto nuestros sistemas como nuestra manera de enfocar los diferentes desafíos, lo que incluyó la puesta en marcha, en solo dos meses, de actividades encaminadas a

Durante 2020, el WFP facilitó las evacuaciones sanitarias al personal y a las personas a su cargo, proporcionó equipos de protección en los lugares de destino y llevó más médicos a aquellas zonas en las que se estaban llevando a cabo operaciones de emergencia.

El impacto psicológico de la pandemia ha sido enorme y muchos de nuestros trabajadores se han visto obligados a estar lejos de sus familias. Pusimos a disposición del personal más terapeutas e introdujimos pautas más flexibles para hacerles más fácil el trabajo.

la transformación digital; una transformación que, normalmente, tarda dos años en implantarse.

El WFP ha seguido siendo una presencia constante y digna de confianza en aquellas comunidades afectadas por conflictos. Se ha facilitado el acceso a trabajadores humanitarios, cooperantes para el desarrollo y agentes de paz incluso a las zonas más remotas. Hemos acelerado los procesos remotos





de evaluación de necesidades y se ha hecho un seguimiento, casi en tiempo real, de los riesgos de inseguridad alimentaria en 38 países. También hemos extendido el uso de encuestas web, lo que nos permite comprender rápidamente y sin necesidad de una gran inversión económica las necesidades de aquellos grupos de los que no se tiene tanta información, como los jóvenes, los nómadas o los desplazados.



En 2020, la inseguridad alimentaria mostró otra de sus caras. Gente que jamás había necesitado la ayuda del WFP tuvo que recurrir a nosotros de la noche a la mañana, ya que sectores enteros, desde el comercio minorista hasta el turismo, cerraron sus puertas y los precios de los alimentos se dispararon. Sirva como ejemplo el hecho de que, en 20 países, el coste de una cesta de comida se incrementó un 10 por ciento en apenas tres meses. Por primera vez en mucho tiempo, países con ingresos medios como Perú solicitaron al WFP la entrega de alimentos para ayudar a las personas que se encontraban en situación de vulnerabilidad como consecuencia de la COVID-19.

En algunos casos, surgían nuevas necesidades casi de un día para otro. Cuando Tailandia cerró su frontera, decenas de miles de trabajadores migrantes de Laos tuvieron que dejar de trabajar, con lo que ya no pudieron seguir enviando dinero a sus familias. El WFP tuvo que hacerse cargo del sustento de dichas familias en cuestión de semanas. En colaboración con Cruz Roja Suiza y World Vision Internacional, entregamos alimentos y artículos de higiene básica a más de 20 000 de esas personas.

EL NUEVO PERFIL URBANO DE LA INSEGURIDAD ALIMENTARIA

La inseguridad alimentaria se disparó entre las poblaciones urbanas de todo el mundo. En países como Jordania, en cuyas ciudades la mayoría de los beneficiarios solían ser refugiados o migrantes, había ahora que atender también a peluqueros o taxistas que se habían quedado sin trabajo y que no podían acceder a ningún programa de protección social. La mayoría de los tres millones de personas que sumamos a nuestros programas en Afganistán vivían en áreas urbanas.



Las comunidades urbanas tienen ya sobre sus espaldas una carga de desnutrición multiplicada por tres. El sobrepeso y la obesidad, que en otros tiempos se consideraban problemas de los países ricos, han aumentado en las ciudades de países pobres o de ingresos medios debido a lo difícil que resulta acceder a alimentos baratos, frescos y nutritivos. Al mismo tiempo, a nivel mundial, un tercio de los niños que sufren retraso en el crecimiento vive en zonas urbanas.

No hay duda, tenemos la obligación (y la oportunidad) de abordar necesidades urgentes y al mismo tiempo también aquellos desafíos, más a largo plazo, relativos a la salud y a la nutrición. Por ejemplo, en ciudades como Daca, en Bangladesh, proporcionamos ayuda en metálico y cupones a gente de los barrios marginales, pero con la condición de que emplearan el dinero y los cupones en comprar productos frescos a pequeños agricultores. Eso contribuyó no solo a la mejora de la alimentación, sino también a un aumento de los ingresos.

La asistencia en forma de alimentos y de dinero en efectivo es esencial para el progreso del desarrollo y para construir un mundo en paz y más próspero. Una

vez atendidas las necesidades básicas, las familias pueden permitirse enviar a sus hijos al colegio e invertir en diferentes bienes. Pueden comprar artículos a los comerciantes locales y eso fortalece los sistemas y los mercados del país, con lo que quizá no se vean obligados a migrar. Al ayudar a la gente a llevar una vida más sana y a ser más productiva y más resiliente, colaboramos a romper el círculo vicioso (y devastador) de la pobreza, los conflictos, las crisis y el hambre.





La protección social, sobre todo cuando se pone en marcha como respuesta a las consecuencias de conflictos o de situaciones problemáticas, es una herramienta fantástica que puede servir para llevar a otro nivel todo el potencial de desarrollo. Los sistemas nacionales de protección social llegan a miles de millones de personas, muchísimo más de lo que pueden abarcar las organizaciones humanitarias. Estos programas son un poderoso instrumento para alcanzar el objetivo de hambre cero y colaborar a un futuro que sea sostenible para todos. Ofrecen, además, la oportunidad de identificar con rapidez las necesidades e incluso adelantarse

a ellas o preverlas. Pero hay trabajo que hacer, ya que, como ha puesto de relieve la COVID-19, la cobertura de muchos de los programas nacionales es limitada y carecen de procesos sólidos y flexibles con los que responder de una manera rápida y eficaz ante cualquier contingencia. En 2020, más de la mitad de la población mundial no tenía acceso a asistencia social de ningún tipo.

Para mitigar los efectos de la pandemia y en respuesta a la creciente demanda, el WFP ayudó a los gobiernos de 65 países a introducir nuevas medidas de protección social o a ampliar y a adaptar aquellas con las que ya contaban. A lo largo de 2020, el WFP trabajó para reforzar los



MILLONES EN AYUDAS PARA MILES DE MILLONES DE PERSONAS

sistemas nacionales de protección social en un total de 78 países.

El bagaje del WFP en campañas de entrega de alimentos y en transferencias de efectivo, así como nuestros recursos digitales o nuestras colaboraciones con instituciones financieras y con empresas del sector privado, fueron factores decisivos. En Filipinas, por ejemplo, formamos a funcionarios gubernamentales para que consignaran 356 000 hogares mediante una plataforma digital habilitada para biometría, con lo que se pudo distribuir ayuda monetaria de una manera rápida y flexible.

En Mauritania, el WFP, UNICEF y otras entidades llevan años trabajando codo con codo con el Gobierno para apuntalar sus políticas y sus sistemas de protección social. Cuando comenzó la crisis de la COVID-19, el gobierno pudo ampliar rápidamente su programa de asistencia y aumentar las transferencias destinadas a proteger a la población durante la temporada de escasez para que la inseguridad alimentaria y la desnutrición no aumentaran. El WFP

se sirvió, asimismo, de los sistemas nacionales para cuadruplicar el número de beneficiarios de los programas de ayuda.

La protección social puede servir de impulso para la economía cuando se vincula al comercio local y a planes de suministro innovadores, como fue el caso del «intercambio de trigo» sudanés de 2020. En aquella ocasión, Estados Unidos proporcionó trigo a cambio de moneda local. Este dinero se está reinvertiendo, a través del WFP, en un programa nacional de asistencia social que cubra las necesidades de la población. En

India ayudamos a conectar el programa nacional de alimentos más grande del mundo con mujeres del medio rural que cultivan alimentos de gran valor nutricional. Esta pequeña inversión está sirviendo para mejorar la dieta de los 800 millones de personas que cada mes se benefician del programa, al tiempo que aumentan los ingresos de las agricultoras.



La red de protección social más importante y más extendida del mundo es la alimentación en los colegios. Durante los últimos 60 años, el WFP ha trabajado con más de 100 países para establecer programas nacionales sostenibles de alimentación en los colegios. A principios de 2020, la mitad de los 776 millones de niños de primaria del mundo comían al menos una vez al día en el colegio.

Ni siquiera los progresos logrados durante las últimas décadas nos han servido para sortear la brecha con la que comenzamos el año: 73 millones de niños no se estaban beneficiando de programas de alimentación escolar de ningún tipo. Poco tiempo después, en abril de 2020, cuando la pandemia entró en escena, casi todos los colegios del mundo cerraron sus puertas, lo que afectó a

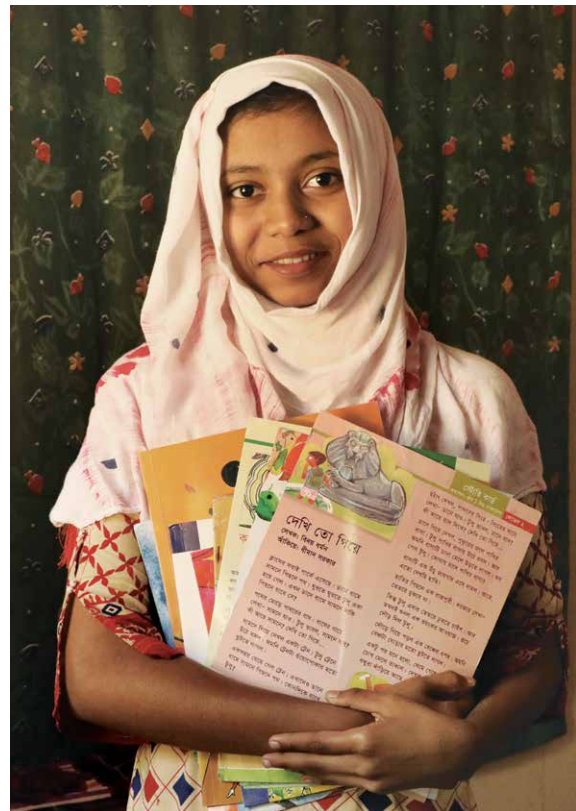
1600 millones de niños y provocó la mayor crisis educativa de la historia. Sin tiempo para reaccionar, 370 millones de niños se quedaron sin lo que para muchos era su comida principal del día.

En todo el mundo, la educación presencial se transformó en educación a distancia y el WFP pasó de dar de comer a los niños en los colegios a entregarles raciones para que se las llevaran a casa y a realizar transferencias de efectivo, además de brindar asistencia a 50 países para que hicieran lo mismo. Pero estas medidas, aunque necesarias, no son la solución. En 2020, nuestros programas escolares llegaron a un 13 por ciento menos de niños que el año anterior. Además, la ONU estima que al menos un tercio de los niños del planeta no tendrán acceso a la educación a distancia o por medios audiovisuales.

La pandemia ha demostrado el importante papel que juegan los colegios a la hora de sostener a las comunidades y de conectar a los niños y a sus familias con multitud de servicios que les proporcionan una mejora calidad de vida. Para el WFP es una prioridad que los niños puedan volver al colegio de manera segura, incluidos aquellos a los que ya se había privado de la escolarización antes de la pandemia. Dar de comer en los colegios es básico para alcanzar ese objetivo.

Los programas de alimentación propician que los niños vayan al colegio, les proporcionan la energía que necesitan para aprender, para crecer y para prosperar en la vida y les benefician, a largo plazo, tanto en términos de salud como de productividad. La alimentación escolar crea puestos de trabajo —2000 por cada 100 000 niños a los que se da de comer— y, si los alimentos son de producción local, supone también un impulso para el comercio y la economía de la zona en cuestión. Si hablamos de las niñas, la escolarización cobra aún más importancia: van al colegio y están allí más tiempo, y descienden las tasas de matrimonio infantil y de embarazos en la adolescencia. El WFP trabaja con gobiernos de todo el mundo para que, a medida que los colegios vuelvan a abrir sus puertas, no perdamos esta oportunidad de invertir en la infancia y de darles a los niños un futuro mejor.

CUANDO LOS COLEGIOS CIERRAN SUS PUERTAS



El mundo en el que vivimos es complejo, inestable e incierto. La pandemia de COVID-19 ha evidenciado que la pérdida de biodiversidad y la alteración de los ecosistemas por parte del ser humano ha incrementado el riesgo de enfermedades zoonóticas. Los avances tecnológicos y los cambios en el equilibrio de poderes a nivel mundial se suceden a toda velocidad. Y no podemos olvidarnos de la cuestión del clima; los cambios en los patrones climáticos y los desastres naturales repentinos amenazan nuestro sustento y nuestra propia existencia.

Sin embargo, la incertidumbre no implica que no podamos evitar las crisis. Según el PNUD, estamos ahora en el Antropoceno, una era en la que los humanos serán el factor determinante del futuro de nuestro planeta. Esto trae consigo muchos desafíos, pero también significa que está en nuestra mano gestionar los riesgos, probablemente ahora más que nunca.

La asistencia alimentaria y la monetaria ayudan a las poblaciones a resistir las embestidas del clima y las tensiones que las acompañan. Con alimentos y con fondos suficientes, pueden cubrir sus necesidades más urgentes e invertir en soluciones inteligentes y adaptativas para combatir el cambio climático. El WFP, no obstante, también trabaja directamente con los gobiernos y con las comunidades para

ayudarles a desarrollar su resiliencia y a tomar medidas tempranas con las que afrontar mejor los desastres naturales. Sin ir más lejos, en Bangladesh el WFP procuró ayuda a 145 000 personas en 2020, mediante transferencias de efectivo anticipatorias, cuatro días antes de que las inundaciones afectaran a sus medios de subsistencia. Con estas medidas, el WFP y sus colaboradores pueden ayudar a prevenir el sufrimiento humano, limitar las pérdidas de capital y reducir en más de dos tercios el coste promedio de una respuesta de emergencia.

Por ejemplo, nos servimos de drones, de tecnología satelital, de la observación terrestre y de los conocimientos indígenas para ayudar a los diferentes países a comprender mejor los patrones climáticos y a desarrollar sistemas de alerta temprana basados en pronósticos con el fin de que las comunidades puedan proteger sus bienes o al ganado. En 2020, el WFP promovió en Latinoamérica el primer seguro contra riesgos climáticos basado en índices meteorológicos. Los beneficiarios fueron los agricultores y los grupos vulnerables y para desarrollar el proyecto nos basamos en la experiencia que habíamos acumulado en África. Gracias a esta iniciativa, habrá fondos disponibles antes de que se produzca una crisis medioambiental, con lo que se podría evitar la





ESTÁ EN NUESTRA MANO GESTIONAR LOS RIESGOS

migración masiva de cientos de miles de personas. Sobre todo en el Corredor Seco de Centroamérica, donde la sequía, la presión socioeconómica y las bandas violentas causan estragos.

Las soluciones ecológicas que parten de las propias comunidades, como la creación y la restauración de activos o bienes locales de una manera respetuosa con el medioambiente, fomentan la resiliencia y ayudan a proteger la biodiversidad. El WFP vincula estos proyectos con entregas condicionadas de alimentos y de fondos, lo que en 2020 propició que las comunidades construyeran y repararan sistemas de captación de agua, canales de riego y 11 000 kilómetros de carreteras, o que plantaran miles de árboles y recuperaran para el cultivo 159 000 hectáreas de tierra que se habían echado a perder. No solo eso, al reunir a la gente en torno a objetivos comunes, como la rehabilitación de terrenos colindantes o de infraestructuras compartidas, el WFP y sus colaboradores contribuyen a rebajar las tensiones existentes entre las distintas comunidades.



Para el WFP, la comida es el camino hacia la paz. Se trata de invertir en la gente y en el planeta como base para la reconstrucción y para el desarrollo y también para abordar las causas de los conflictos (y, por tanto, del hambre): desde la exclusión económica hasta el cambio climático. La comida sirve de punto de partida para el diálogo y es un catalizador del cambio.

Los conflictos son casi siempre la semilla de la inseguridad alimentaria: destruyen los sistemas alimentarios y las infraestructuras y obligan a muchos seres humanos a dejar sus hogares. Y están las crisis «duales», las que conjugan causas climáticas y conflictos; un auténtico círculo vicioso que empeora de forma dramática cualquier escenario que podamos imaginar.

La violencia impide que las comunidades se adapten a las nuevas condiciones climáticas y aleja a la gente de sus medios de vida y de sus tierras. Entretanto, la pobreza crónica y el hambre, que se intensifican en condiciones climáticas extremas, pueden ser detonantes de más violencia. La escasez de alimentos alimenta las tensiones sociales y las injusticias, lo que empuja a muchos a unirse a grupos armados.

Comprender e identificar las necesidades de la gente es fundamental para mantener la paz, promover el desarrollo y para que «nadie se quede atrás». Y ese es el trabajo al que el WFP se consagra cada día. El WFP cuenta con la confianza de la ONU y nuestro compromiso por atender las necesidades de los más vulnerables es firme, tanto como nuestra disposición para dialogar de forma directa y honesta con los principales actores políticos y con los agentes de paz. Llevamos a cabo nuestro trabajo tanto a nivel local como a nivel mundial y actuamos como una presencia protectora en las comunidades y como voz autorizada en los foros internacionales.

La prevención de conflictos y la preservación de la paz son principio y final de toda la labor del WFP. Sin paz, nunca podremos acabar con el hambre. Y allá donde la gente pase hambre, nunca habrá paz.



LA COMIDA ES
EL CAMINO
HACIA LA PAZ



A los países solo les quedan diez años para cumplir con el compromiso que adquirieron en virtud de los Objetivos de Desarrollo Sostenible: hacer de este un mundo pacífico y próspero. Si los avances ya estaban siendo, de por sí, algo lentos en diversas áreas, la COVID-19 ha venido a erosionar muchos de los logros que tanto había costado alcanzar. Aun así, si permanecemos unidos y actuamos con decisión, podemos volver a encarrilar la situación. No podemos permitirnos el lujo de no actuar: el potencial que se ha perdido es enorme y las pérdidas humanas son imperdonables.

PODER PARA EL CAMBIO

Aún estamos lejos de solventar la pandemia (y las soluciones chocan contra el muro de la desigualdad), pero esta situación nos ha permitido entrever lo que somos capaces de hacer cuando trabajamos juntos y pensamos antes en el bienestar de todos que en nuestros propios intereses. Las duras pruebas que el año 2020 nos puso por delante han forjado nuevas alianzas y reforzado las que ya existían.

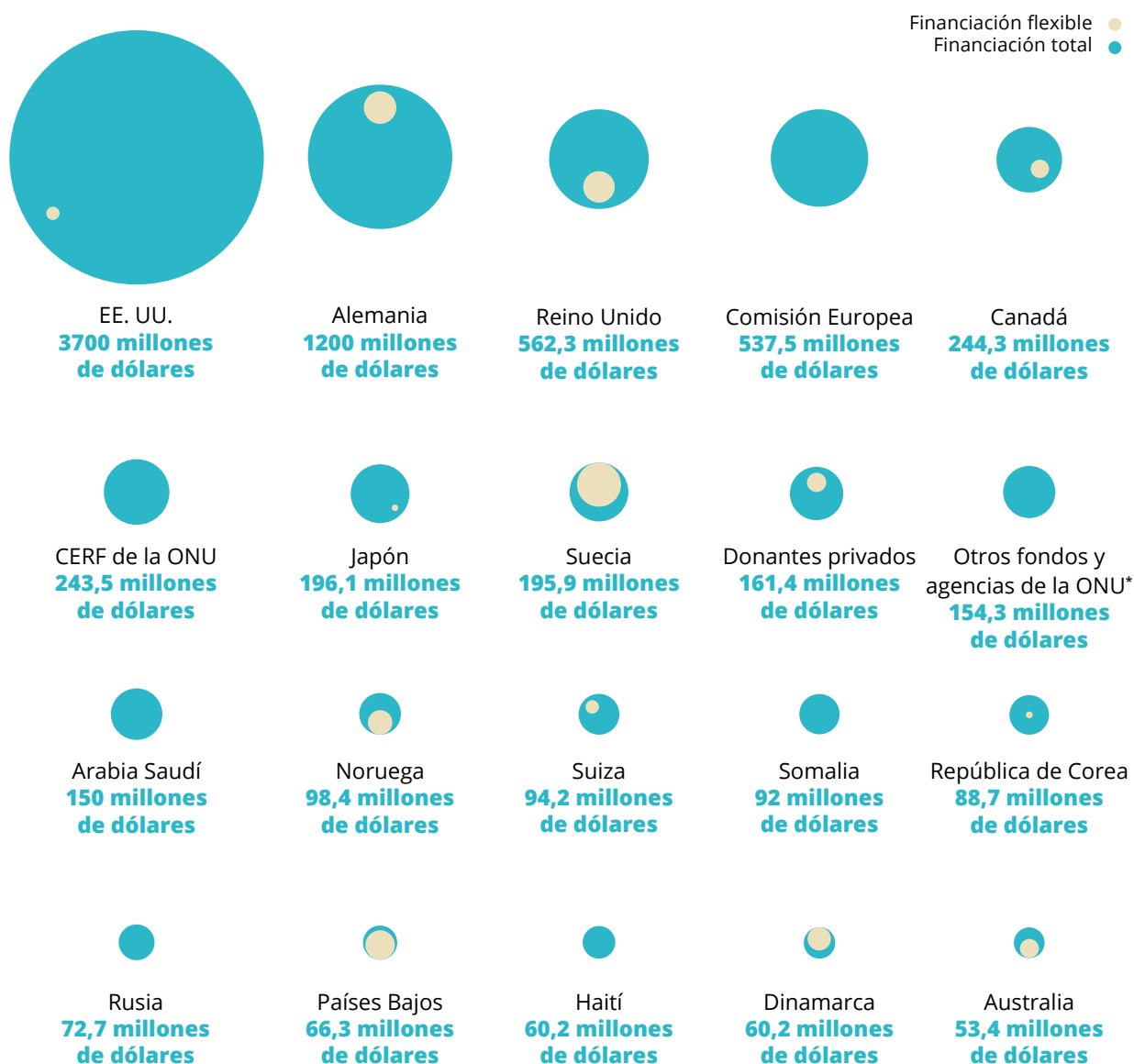
Desde el WFP hemos seguido trabajando codo con codo con la gran familia de las Naciones Unidas y hemos colaborado más que nunca con el sector privado y con las entidades financieras. Además, nos hemos involucrado en regiones, países y cuestiones que hasta ahora estaban fuera de nuestro radar. La sociedad civil ha recurrido a nosotros en busca de orientación incluso en aquellos países en los que no teníamos presencia. A pesar de las tensiones crecientes en sus respectivos países, los donantes y los colaboradores gubernamentales redoblaron las aportaciones a nuestra causa.



Gracias a la confianza y a la cooperación constante de tantos y de tantas, en el WFP estamos convencidos de que podremos evitar una hambruna de proporciones catastróficas y de que, como hicimos a lo largo de 2020, contribuiremos aún más a lograr un futuro sostenible para todos. Pero no podemos hacerlo solos. Los desafíos que debemos afrontar no son cuestiones aisladas ni están confinados dentro de las fronteras de un país determinado. Tenemos que tomar como referencia el compromiso y la solidaridad de los que fuimos testigos en 2020 y trabajar unidos, como un sistema global, en pos de soluciones conjuntas para problemas que sin duda están interrelacionados. Es el poder del cambio, y si 2020 nos ha demostrado algo, es que el cambio es posible.

NUESTROS DONANTES

No podemos sino agradecer a todos los donantes y colaboradores que han confiado en nosotros y han apoyado nuestra labor a lo largo de lo que, a todas luces, ha sido un año extraordinario. **Por todo ello, gracias.**



EE. UU.	Bélgica	Camerún	Panamá
Alemania	Liberia	Costa de Marfil	Israel
Reino Unido	Finlandia	Mónaco	Tailandia
Comisión Europea	Chad	El Salvador	República Unida de Tanzania
Canadá	Fondo Verde para el Clima	Gambia	Timor Oriental
CERF de la ONU	Pakistán	Guinea	Hungría
Japón	Colombia	Bolivia	Rumanía
Suecia	Benín	Sierra Leona	Nicaragua
Donantes privados	Malí	Nigeria	Croacia
Otros fondos y agencias de la ONU *	Luxemburgo	República Dominicana	Kuwait
Arabia Saudí	Mozambique	Senegal	Eslovenia
Noruega	China	Malasia	Chipre
Suiza	Nueva Zelanda	India	Malta
Somalia	Brasil	República Checa	Bulgaria
República de Corea	España	Nepal	Estonia
Rusia	Fondo de las Naciones Unidas para la Consolidación de la Paz	Liechtenstein	Fiyi
Países Bajos	Austria	Túnez	Andorra
Haití	Emiratos Árabes Unidos	Suazilandia	Armenia
Dinamarca	Angola	Namibia	Grecia
Australia	Banco Mundial	Polonia	Santa Sede
Bangladesh	Filipinas	Honduras	Lituania
Fondos mancomunados de la ONU para países concretos	Egipto	Portugal	Chile
Italia	República Democrática del Congo	Ghana	Kazajistán
Irlanda	Burundi	Malawi	Eslovaquia
Francia	Islandia	Perú	Sri Lanka
		República del Congo	Bután
		Sudáfrica	

Donantes por orden de contribución total

** Excepto el CERF*

Créditos de las Fotografías

Página 1: El Director Ejecutivo David Beasley. WFP/Arete/Lisa Murray

Página 3: Momotaz atraviesa tierras de cultivo inundadas cerca de su casa en Bangladesh. WFP/Sayed Asif Mahmud

Página 5, arriba: Con un aumento en los casos de COVID-19, el WFP se centra en la distribución de alimentos de puerta en puerta en Palestina. WFP/Ali Jadallah

abajo: Una beneficiaria del WFP en Guatemala recibe asistencia en metálico y suministros de gel hidroalcohólico después de participar en unas charlas sobre salud, nutrición y COVID-19. WFP/Carlos Alonzo

Página 6, izquierda: Una mujer peruana espera el almuerzo en una cocina comunitaria. WFP/Guillermo Galdos

derecha: Luis, un migrante venezolano, perdió su trabajo a causa de la COVID-19. Sin el apoyo de un programa nacional de protección social, los migrantes son especialmente vulnerables al hambre. WFP/Guillermo Galdós

Página 7, arriba: Los «kekes» (motocarros) del WFP se dirigen cargados con alimentos a una de las comunidades de Kano, Nigeria, para comenzar la distribución. WFP/Damilola Onafuwa

abajo: Ponteciana compra provisiones y alimentos en Brazzaville, República del Congo, gracias a las transferencias de efectivo del WFP. WFP/Alice Rahmoun

Página 8: El personal del WFP lleva productos locales a los hogares de los beneficiarios del Programa Nacional de Alimentación en Lagos, Nigeria. WFP/Damilola Onafuwa

Página 10: Anna, de 16 años, hace los deberes en su casa en Uganda tras el cierre de los colegios por la pandemia. WFP/Hugh Rutherford

Página 11, arriba: Como otros 40 000 estudiantes de Cox's Bazar, Fatema, de 13 años, recibió durante la pandemia un plan de lectura, libros de cuentos y galletas nutritivas. WFP/Nalifa Mehelin

abajo: En Colombia, el WFP y el Ministerio de Educación entregaron raciones de comida para que se las llevaran a casa a 110 000 niños que no

podían ir al colegio y comer allí. WFP/Miller Choles

Página 12: Abdus y su nieto de pie sobre una balsa frente a su casa inundada en Bangladesh. WFP/Sayed Asif Mahmud

Página 13, arriba: Una chica se aleja en bicicleta de una tormenta inminente días después de que el supertifón Goni azotara Filipinas. WFP/Arete/Angelo Mendoza

abajo: Antonio Bezeza, de Instituto Nacional para la Gestión de Desastres y la Reducción de Riesgos, y Domingos Reane, del WFP, realizan una evaluación con drones tras la tormenta tropical Eloise. © Mercy Air/Matthias Reuter.

Página 14: Refugiadas de Tigray, Etiopía, hacen cola para la distribución de alimentos del WFP en el campamento de refugiados de Um Rakuba, al este de Sudán. WFP/Arete/Ed Ram

Página 17: una mujer en Chad porta agua a través de un jardín comunitario. WFP/Evelyn Fey

Notas

Número de muertes en todo el mundo por coronavirus: Johns Hopkins Coronavirus Resource Center (datos a 14 de mayo de 2021)

Impacto del coronavirus en las tasas de pobreza: Banco Mundial (2021) «Estimaciones actualizadas del impacto de la COVID-19 en la pobreza mundial: 2020 en retrospectiva y perspectivas para 2021», 11 de enero

Datos de conflictos de 2020: ACLED (2020) ACLED 2020, «The Year in Review»

Datos de refugiados de 2020: ACNUR (2020), «Tendencias de mitad de año»

Plagas de langostas de 2020: Njagi, D. (2020), «The Biblical locust plagues of 2020», BBC, 7 de agosto; FAO (2020), «Ethiopia: Desert locusts drive one million to food insecurity», 13 de abril

Temporada de huracanes en el Atlántico: Milman, O. (2020),

«Devastating 2020 Atlantic hurricane season breaks all records», The Guardian, 10 de noviembre

Inundaciones en el este de África: BBC News (2020), «Flooding hits six million people in East Africa», 6 de octubre

Pérdidas de empleo y de productividad por la COVID-19: OIT (2021), «Observatorio de la OIT, 7.ª edición: la COVID-19 y el mundo del trabajo»

© Programa Mundial de Alimentos, 2021

Todos los derechos reservados.

Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican juicio alguno por parte del Programa Mundial de Alimentos respecto a la condición jurídica o el nivel de desarrollo de ningún país, territorio, ciudad o área ni respecto a la delimitación de sus fronteras.

Programa Mundial de Alimentos

Via Cesare Giulio Viola 68/70,
00148 Roma, Italia - T +39 06 65131

wfp.org/es